

LA “NUEVA EVANGELIZACIÓN” DE EUROPA

“La ‘nuova evangelizzazione’ dell’Europa”
LA CIVILTÀ CATTOLICA
3394 VI (16 nov.1991) 325-336

Traduce y transcribe: Juan Manuel Díaz Sánchez
Instituto Social “León XIII”
Madrid, mayo 2004

Se habla hoy, cada vez con más frecuencia, de “nueva evangelización”, pero no está claro qué se entiende o se debe entender con tal expresión. Como sucede a todas las palabras que se ponen de moda, porque tienen una carga fuertemente expresiva o emotiva, el término “nueva evangelización” tiene un sentido muy vago e impreciso. Incluso quienes lo usan no tienen siempre muy claro el significado, o incluso le dan un sentido que no corresponde con el de otros ¿Qué se debe entender, pues, con este término?

El primero en hablar de “nueva evangelización” fue Juan Pablo II. De la misma destacó la primera vez, durante su primer viaje apostólico en Polonia, el 9 de junio de 1979, hablando en Nowa Huta: “la nueva cruz de madera ha sido elevada no lejos de aquí [...]. Con ella reencontramos *un signo*, que al amanecer del nuevo milenio [...] vuelve a ser anunciado el Evangelio. Se ha iniciado *una nueva evangelización*, como si se tratara de un segundo anuncio, aunque en realidad sea siempre lo mismo [...] Y deseamos todos que fructifique, como la primera, incluso todavía más” (en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, II/I [1979], 1,505 s). Después volvió a hablar más ampliamente en dos discursos en América Latina. En uno dirigido a la XIX Asamblea del CELAM (Port-au-Prince [Haití], 9 de marzo de 1983), el Papa dijo que la conmemoración en 1992 del quinto centenario de la evangelización de América Latina, iniciada con el descubrimiento de aquel continente, tendría un significado pleno si tuviera habido un “compromiso” de todos, obispos, sacerdotes y fieles: “compromiso, no de re-evangelización, sino de evangelización nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión”. Presupuestos fundamentales para la nueva evangelización deberían ser un fuerte aumento de sacerdotes bien preparados, un número creciente de laicos prontos a colaborar eficazmente en la obra evangelizadora, la recuperación, en su “integridad”, del mensaje de Puebla, sin interpretaciones deformadas, sin reduccionismos deformantes mediante aplicaciones indebidas de algunas partes y con silencios sobre otras (cfr *Ibid*, VI/1 [1983], 698 s).

El 12 de octubre de 1984, inaugurando en Santo Domingo la “novena” de preparación a la celebración del quinto centenario de la evangelización de América Latina, el Papa afirmó que el próximo centenario “nos llama a una nueva evangelización de América Latina que despliegue con mayor vigor –como la de los orígenes– a un potencial de santidad, un gran impulso misionero, una vasta creatividad catequética, una manifestación fecunda de colegialidad y comunión, un combate evangélico para dar dignidad al hombre, para generar [...] un gran futuro de esperanza”. Se trata de realizar “la civilización del amor”. América

Latina tiene, como su “vocación originaria”, la de dar “el testimonio de una novísima civilización cristiana” (Ibid, VII/2 [1984], 896).

En dos documentos más recientes Juan Pablo II ha retomado el tema de la “nueva evangelización”. En la exhortación apostólica *Christifideles laici* (30 de diciembre de 1988), Juan Pablo II, frente al “continuo difundirse del indiferentismo, del secularismo y del ateísmo”, que, especialmente en los países del Primer Mundo, “inspiran y sostienen una existencia vivida ‘como si no hubiera Dios’” y ante fenómenos que tienen, como el secularismo, el peligro de arrancar la fe de los momentos más significativo de la existencia, y como la difusión de las sectas, de dilapidar el patrimonio cristiano, afirma: “sólo una nueva evangelización puede asegurar el crecimiento de una fe límpida y profunda, capaz de hacer de estas tradiciones una fuerza de auténtica libertad. Ciertamente urge en todas partes rehacer el entramado cristiano de la sociedad humana. Pero la condición es que se rehaga la cristiana trabazón de las mismas comunidades eclesiales que viven en estos países o naciones”. Así la nueva evangelización, dirigida no sólo a cada persona, sino también a todo el conjunto de pueblos en sus distintas situaciones, ambientes y culturas, está destinada a la “formación de comunidades eclesiales maduras, en las cuales la fe consiga liberar y realizar todo su originario significado de adhesión a la persona de Cristo y a su Evangelio, de encuentro y de comunión sacramental con Él, de existencia vivida en la caridad y en el servicio” (Ibid, 34).

Pero el Papa avisa que “la Iglesia, mientras advierte y vive la actual urgencia de una nueva evangelización, no puede sustraerse a la perenne misión de llevar el Evangelio a cuantos -y son millones y millones de hombres y mujeres- no conocen todavía a Cristo Redentor del hombre” (Ibid, 35). También en la encíclica *Redemptoris missio* (n. 35) destaca que, “mirando al mundo de hoy desde el punto de vista de la evangelización, se pueden distinguir tres situaciones”: la de los pueblos y grupos humanos que no conocen a Jesucristo ni al Evangelio y en el que faltan comunidades cristianas maduras; la de la existencia de comunidades cristianas fervientes y con sólidas estructuras eclesiales. En la primera la Iglesia ejerce adecuadamente su misión *ad gentes*; en la segunda desarrolla la actividad o atención pastora. “Existe, por último, una situación intermedia, especialmente en países de antigua cristiandad, pero a veces también en Iglesias más jóvenes, donde grupos enteros de bautizados han perdido el sentido vivo de la fe, o, más aún, no se reconocen ya como miembros de la Iglesia, llevando una existencia alejada de Cristo y de su Evangelio. En este caso hay necesidad de una “nueva evangelización”.

Esta, en el pensamiento del Papa, según lo que puede concluirse de los textos citados, mira principalmente a países de antigua cristiandad (Europa y América), todos más o menos profundamente tocados por la indiferencia religiosa, por el secularismo, por el ateísmo y, por eso, mucho más expuestos al proceso de creciente secularización y al influjo de nuevos movimientos religiosos, de origen cristiano o, sobre todo, de inspiración oriental, no cristiana. La “nueva evangelización” está destinada a “asegurar el crecimiento de una fe límpida y profunda”, a recomponer el tejido cristiano de la sociedad humana”. Eso presupone que se ha de reconstruir “el tejido cristiano de las comunidades eclesiales” mismas.

* * * * *

Estimulados por estas indicaciones de Juan Pablo II, queremos aquí intentar responder a dos preguntas: ¿qué significa hoy para Europa (nos limitamos sólo a este continente por los problemas particulares que presenta) la “nueva evangelización”? ¿Cómo –o sea en qué forma, con qué método, por qué caminos y con qué instrumentos- puede realizarse? Pero antes de entrar en lo vivo del argumento, es oportuno disipar un equívoco que no termina de venir a la luz en el mundo laico –y tampoco en algunos católicos- cuando la Iglesia, en la persona del Papa, de los obispos y de grupos y asociaciones de laicos cristianos, habla de una “nueva evangelización” de Europa. Partiendo del presupuesto de que la Iglesia intenta actualmente reconquistar el poder y el influjo que tuvo en Europa en los siglos de la “cristiandad” y que ha perdido en los últimos siglos con el nacimiento de la Europa “moderna”, muchos laicos -para los que la Iglesia sería esencialmente una fuerza política y económica bajo la cobertura religiosa- tenemos como objetivo de la “nueva evangelización” de Europa, lanzada por Juan Pablo II a partir del discurso de Compostela (9 de noviembre de 1982), la “reconquista” cristiana de Europa, la instauración de una nueva “cristiandad” o, como afirma el título de una obra reciente, “la restauración de una Europa cristiana” (LUNEAU, René (Dir.). *El sueño de Compostela*. “¿Hacia una restauración de una Europa cristiana?”. Col. Cristianismo y sociedad”, 26. Desclée de Brouwer. Bilbao, 1993. 244 pp. [Tb.: LUNEAU, René-LADRIERE, P. (Eds.). *Le rêve de Compostelle*. "Vers la restauration d'une Europe Chrétienne?". Ed. Centurion. Paris, 1989. 366 pp. *Il sogno di Compostella*. "Verso una restaurazione di un' Europa cristiana". Ed. Queriniana. Brescia, 1992].

En realidad se trata de un temor que no tiene razón para subsistir. El Papa no “sueña” ni la “reconquista” política de Europa, ni la instauración, sea de manera nueva, del viejo régimen de “cristiandad” y tampoco la “restauración de una Europa cristiana”. Su llamada a Europa es para que esta redescubra sus raíces cristianas y que de estas raíces surja una nueva savia para instaurar en el continente europeo una civilización más profunda y más ricamente “humana”, y por esto mismo, más “cristiana”, más respetuosa de la dignidad del hombre, de su libertad y de su apertura a Dios y a los valores religiosos: apertura que es parte constitutiva del hombre, y, por eso también, del hombre “europeo”. Dijo, efectivamente, en Compostela:

“Yo, obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal, te lanzo, o vieja Europa, un grito lleno de amor: *Vuelve a encontrarte. Se tu misma*. Descubre tus orígenes. Reaviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes. Reconstruye tu unidad espiritual, en un clima de respeto con las demás religiones y con las genuinas libertades. Da al Cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que es de Dios” (en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, (Ibid, V/3 [1982], 1,260).

Se trata, pues, para Europa, de renovarse espiritual y humanamente. Añadió, sobre esto, Juan Pablo II: “la Iglesia es consciente del lugar que le corresponde en la renovación espiritual y humana de Europa. Sin reivindicar ciertas posiciones que ocupó en el pasado y que en la época actual considera como totalmente superadas, la misma Iglesia se pone al servicio, como Santa Sede y como Comunidad católica, para contribuir al conseguir aquellos fines que procuran un auténtico bienestar material, cultural y espiritual para las naciones. Por esto, también a nivel diplomático, está presente por medio de sus Observadores en los distintos Organismos comunitarios no políticos; por la misma razón mantiene relaciones diplomáticas, lo más extensamente posibles, con los Estados [...].

También es la vida eclesial la que está llamada principalmente a la tarea, con el fin de continuar dando un testimonio de servicio y de amor para contribuir a la superación de las actuales crisis del continente” (Ibid, 1,262 s).

* * * * *

La “nueva evangelización”, por tanto, no tiene miras ni objetivos de orden político: no intenta adquirir para la Iglesia católica poder e influjo político ni favorecer a organismos, grupos y partidos de inspiración católica que intervienen en el terreno político y económico; no busca poner en cuestión los regímenes políticos democráticos ni el sistema económico hoy vigentes en Europa , aunque no pueda abstenerse de denunciar los límites y los aspectos negativos que tienen; mucho menos intenta poner a la Iglesia católica en contrate y en lucha, encubierta o abierta, con las Iglesias protestantes y ortodoxas, para limitarles el espacio e influjo o para quitarles fieles y lugares de culto. Al contrario, se afirma claramente que la “nueva evangelización” de Europa debe ser, en la medida de lo posible, obra común de todas las Iglesias europeas. Eso está, por lo demás, en el programa tanto de la KEK (*Konferenz der Europäischen Kirchen*), protestante y ortodoxa, como en el de la CCEE (Consejo de las Conferencias Episcopales Europeas) católico, que están teniendo un “encuentro” en Compostela en los días 13-18 de noviembre de 1991.

Hechas estas premisas, podemos entrar en el meollo del tema: ¿qué significa hoy para Europa una “nueva evangelización”? En su núcleo central y en su esencia profunda la evangelización es el “anuncio” a los hombres de la “Buena Noticia”, o sea, en el hecho de que Dios ama a los hombres, los salva en la persona de Jesucristo, su Hijo muerto y resucitado, y los llama a la salvación, es decir, a creer en Cristo, a entrar en comunión de amor con Él y con los hermanos en la Iglesia y a recibir de Él la gracia de la salvación, que consiste en participar en la vida misma de Dios, en llegar a ser en Cristo hijos de Dios y herederos de su infinita felicidad. La evangelización implica el testimonio de obras, y, por tanto de “caridad”. Realmente el anuncio de salvación se dirige a todos los hombres, pero en primer lugar a los “pobres” –*evangelizare pauperibus misit me-* y por tanto el anuncio va siempre acompañado, precedido y seguido por las obras de caridad, como signo del amor de Dios a los hombres y como anticipación de la venida del “reino de Dios”, que es el centro del anuncio cristiano.

Si ahora consideramos a Europa, sea en su historia o en su realidad actual, vemos que ésta es un continente evangelizado, “cristiano”. Entonces ¿qué puede significar para ella una “nueva” evangelización? Para comprenderlo es necesario reflexionar sobre la actual situación religiosa del continente europeo. De una encuesta religiosa no reciente –hecha en nueve países europeos (Inglaterra, Alemania Federal, Francia, Italia, España, Países Bajos, Bélgica, Irlanda y Dinamarca (cfr. J. STOETZEL, *I valori del tempo presente. Un'inchiesta europea*, SEI, Torino 1984, c. IV, “La religione” 94-140) resulta que en Europa creen en Dios el 75% de los europeos, en el alma el 58%, en el pecado el 57%, en la vida después de la muerte el 43%, en el paraíso el 40%, en el diablo el 25%, en el infierno el 23%, mientras que en la reencarnación cree –creencia contraria al cristianismo- el 21%. Pero cuando se ha preguntado si creen en un Dios “persona”, ha respondido sí el 39% de los católicos y el 26% de los protestantes, mientras que han dicho que creen en Dios “espíritu o fuerza vital” el 26% de los católicos y el 41% del los protestantes. Cuando se ha preguntado cual es su práctica religiosa, han dicho que practican “al menos una vez a la

semana” el 37% de los católicos y el 9% de los protestante, y que no practican “nunca” el 22% de los católicos y el 34% de os protestantes.

Ya en 1981 si la “religiosidad” era mayoritaria en Europa, el cristianismo, como fe y como práctica religiosa, era minoritario. En el decenio 1981-1991 las cosas no han mejorado: según los resultados de una investigación presentada en un Encuentro de la Fundación Agnelli (10-11 de octubre de 1991) sobre *La religión de los Europeos. Fe y sociedad en la Europa de fin de milenio*, han declarado creer en dios el 87% de los españoles, el 84% de los italianos, el 76% de los ingleses, el 72% de los alemanes, poco más del 60% de los franceses. Entre estos últimos sólo el 13% va a misa todos los domingos, mientras que el 10% se declara ateo convencido. Según los sociólogos que han participado en el Encuentro, el decenio 1980-1990 se ha caracterizado por una progresiva disociación entre fe y práctica religiosa, “entre creencia y pertenencia religiosa”, en resumen, por una religiosidad “débil”, poco prescriptiva, muy individualista, en la que cada uno puede hacer su apartado. Especialmente crítica es la situación de los jóvenes y de los jóvenes-adultos: en Italia, según una recentísima encuesta realizada por ISPES, resulta que de los italianos en los primeros 29 años de edad el 7,8% se declara no creyente, el 11,6% indiferente, el 34,8% afirma creer en Dios, el 27,6% se declara católico, pero sólo el 17,9% católico practicante. La situación religiosa resulta muy seria si de Europa Occidental se pasa a la Centro-Oriental: aquí muchos cristianos han dado pruebas admirables y con frecuencia heroicas de fidelidad a Jesucristo y a la Iglesia, pero muchos otros han perdido la fe y, sobre todo, muchos jóvenes han crecido en la ignorancia de la fe cristiana y, a veces, en la aversión a la religión y en el ateísmo.

Frente a esta situación religiosa de Europa actualmente, nace la necesidad de una “nueva evangelización”, es decir, de un anuncio del Evangelio a aquellos europeos –y son la mayoría de la población de Europa- que o no lo conocen realmente (y entre estos está particularmente los jóvenes) o lo conocen de manera demasiado vaga y elemental, para que pueda constituirles un motivo de interés o una razón de vida, o lo conocen de manera equivocada y distorsionada, y por eso alimentan aversión y prejuicios contra él. La “nueva evangelización” es pues la “segunda evangelización” la que debe tenerse detrás a la “primera”, que se ha desarrollado a través del primer milenio de la historia europea y que ha llevado al cristianismo a convertirse en la religión de todos los pueblos europeos.

En realidad, a esta “primera” evangelización de Europa –de la que se reconocen los grandes méritos, pero también las grandes limitaciones- ha tenido detrás un periodo, el del segundo milenio, en el que el cristianismo ha impregnado la vida, no sólo religiosa, sino también social y cultural de los pueblos europeos. Ha nacido, así, la *república christiana*, la *cristianitas* medieval: la fe cristiana ha sido no sólo cemento de unidad entre los diversos pueblos y con demasiada frecuencia en lucha entre ellos, pero ha entrado a formar parte de su identidad. Además, es también en este período cuando, primero de manera lenta y apenas visible y después, comenzando desde el Renacimiento en sus tendencias inmanentistas, de forma cada vez más rápida y clara se ha realizado un proceso de secularización, que, por un lado, ha llevado a una separación primero de la iglesia y después de la fe cristiana, a un progresivo debilitamiento del ánimo de muchos fieles y, a veces, también a su desaparición, particularmente en algunos estratos de la población (buena parte de las clases cultas, los obreros de la industria) y, por otro lado, ha llevado al

nacimiento y crecimiento de nuevos modelos culturales, que a veces no sólo se declaran autónomos del cristianismo, sino que se oponen a él en puntos esenciales.

Así, al final del segundo milenio, Europa es un continente que bajo el perfil religioso debe decirse “no más cristiano”, sino pluralista, porque los cristiano son en él una minoría, sea porque, aunque el número de quienes se declaran ateos, agnósticos y sin religión, no es relevante, el número de los indiferentes es muy alto, porque en los últimos decenios se han establecido en Europa otras religiones y nuevos movimientos religiosos. Se impone, pues, una vez más la necesidad de una “segunda” evangelización de Europa, que tiene que partir de la verdad primera y fundamental del cristianismo. Dice Juan Pablo II al final de la peregrinación en Alsacia-Lorena el 12 de octubre de 1988: “siento la necesidad de subrayar ahora el problema verdaderamente apremiante de la “segunda evangelización” de Europa, y la necesidad de reaccionar con coraje y decisión ante la descristianización y de reconstruir las conciencias a la luz del Evangelio de Cristo, corazón de la civilización europea” (*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, XI/3 [1989], 1,196 s). Será este el tema del Sínodo de obispos que está a punto de celebrarse en Roma.

* * * * *

Pero surge aquí un problema: ¿es suficiente que la evangelización de Europa sea “segunda”, es decir, siga a la “primera” y se haga siguiendo su modelo, y por tanto una “re-evangelización” y una “re-cristianización” del continente europeo, o es necesario que la “segunda” evangelización de Europa sea “nueva”, en el sentido de evangelización radicalmente “renovada” respecto a lo que fue la “primera”, en la época de la primera implantación de la fe cristiana sobre el suelo europeo, o en los siglos siguientes en el tiempo de la “cristiandad”? En otras palabras, la “segunda” evangelización de Europa ¿se sitúa en continuidad con la “primera” y, por tanto, para realizarla se puede servir de los mismos métodos y de los mismos instrumentos que fueron válidos para la “primera”? o la “segunda” evangelización ¿acontece en una situación de “postcristiandad” y en un clima cultural profundamente diverso de aquel en el que se ha realizado la primera, y se requieren entonces métodos e instrumentos distintos de los usados en el pasado?

Para comprender la seriedad de este problema –y por eso para repensar en términos radicalmente nuevos la evangelización de eu- es necesario darse cuenta de tres hechos que hacen radicalmente diverso el clima actual de aquel en el que se realizó la primera evangelización de eu.

Primero: mientras que en la primera evangelización de Europa el anuncio cristiano representaba un hecho nuevo, y por tanto capaz de suscitar interés y esperanza, en la Europa de hoy esto no es una novedad, y por tanto difícilmente suscita interés y curiosidad. Más o menos todos los europeos –incluso los más alejados del cristianismo, que conocen algo del mismo, aunque sólo sea por lo que han oído decir- sostienen que lo conocen suficientemente para poder juzgarlo. Y puesto que el juicio que dan de él es generalmente negativo -en realidad tal juicio negativo mira más a la Iglesia y a los cristianos que a Jesucristo y a la fe cristiana- están poco dispuestos, y algunos no lo están en absoluto, a escuchar el mensaje evangélico. Saben ya de que se trata... Lo “nuevo” para los pueblos europeos en materia de religión está en las religiones orientales, en el islam, en los “nuevos

movimientos religiosos”. Esto explica el interés –que a veces culmina en la “conversión” – de muchos europeos, especialmente de muchos jóvenes, por estas tradiciones religiosas. ¿Qué hacer, pues, para que a los europeos de hoy el cristianismo –que es esencialmente “nuevo”- aparezca hoy en su “novedad” y suscite en ellos interés?

Segundo: mientras que en la primera evangelización de Europa el cristianismo tenía delante un mundo “religioso” –un mundo, en el que la “religión” era una realidad pacíficamente admitida, que incluso formaba parte esencial de la vida de los pueblos y de los individuos-, hoy el anuncio cristiano se encuentra ante un mundo que ya no es religioso: en el sentido de rechazar la religión como “superstición”, residuo de épocas pasadas, todavía no iluminadas por la “razón”, o de sostener que la ciencia ya ha descubierto el fundamento de la religión y ha ocupado su puesto, o, finalmente, en el sentido de reservar a la religión un lugar “marginal” en la sociedad, intentando reducirla a un hecho puramente privado y personal. La sociedad en la que se desarrolla hoy el anuncio cristiano con frecuencia es una sociedad no religiosa, sino “laica” y “científico-técnica”, que si no es siempre hostil a la religión, ciertamente es indiferente y distantes ante ella. Entonces ¿cómo hablar de religión cristiana a un mundo no religioso?

Ciertamente, a esta visión del mundo moderno como no religioso se le puede objetar que, tras una “eclipse de lo sagrado” pasajera, hay actualmente en Europa una “vuelta de lo religioso” o, si se prefiere, un “vuelta a lo religioso”: la Europa de hoy estaría, pues, “abierta” a lo “religioso”, y por tanto, al anuncio cristiano. Pero ¿“qué” religioso vuelve o a “que” religioso se vuelve? No vuelve, ciertamente, el cristianismo ni se vuelve a la fe y a la práctica cristiana. Vuelve lo “religioso” en el sentido de que en la sociedad europea tienen un éxito notable de estima y de difusión las religiones y las prácticas meditativas orientales; se vuelve “a lo religioso” en el sentido de que se vuelve a ritos y prácticas religiosas del pasado, a la teosofía, el espiritismo, al esoterismo y al gnosticismo. Esta vuelta se caracteriza por una elección sincretista (se elige lo “mejor” de las distintas religiones y de los distintos ritos), del subjetivismo (en lo “religioso” se busca no la verdad, sino la propia “realización”), por el relativismo (todas las religiones se equiparan y una vale por otra, de manera que se puede servir de una o de otra o también de unas y de otras, según los propios deseos) y del misticismo (se busca en la religión una “experiencia” fuerte de lo “divino” y se valora su verdad por la capacidad que ésta tiene de procurar tales experiencias).

En virtud de estos caracteres, la “vuelta de lo religioso” está acompañada por una aversión profunda al cristianismo institucional por sus “pretensiones” de ser la única religión verdadera y, por tanto, de refutar cualquier sincretismo, y de estar fundada sobre una revelación trascendente y, por eso, substraída a la subjetividad y a la libertad del hombre. Y, sobre todo, por el hecho de ser poco “mística” y demasiado ritualista y moralista. Por eso la “vuelta de lo religioso” si bien –en cuanto signo de la necesidad natural que el hombre tiene de Dios- puede bajo un cierto aspecto favorecer el anuncio cristiano al hombre de hoy, no es “per se” –o sea, por la forma en que hoy se presenta- una ayuda al anuncio evangélico; sobre todo, es un obstáculo, aunque el reclamo a la “experiencia” religiosa es un signo que el Espíritu envía para la conversión de la comunidad eclesial –con frecuencia aprisionada por el ritualismo y por el moralismo- a una vida religiosa y a una celebración litúrgica en donde se dé un lugar más amplio a la “experiencia” de Dios.

Tercero: en los últimos tres siglos, junto a muchas aportaciones positivas, no ha faltado de una crítica radical a las bases racionales de cristianismo o a muchos dogmas cristianos esenciales. Así han sido negadas la existencia de Dios o al menos la posibilidad para la inteligencia humana de demostrar que Dios existe (Kant); la existencia del alma espiritual (Hume, los materialistas y positivistas); la inmortalidad del espíritu humano y su libertad; la objetividad de la religión, reducida a una creación del hombre (L. Feuerbach, K. Marx, S. Freud). Está claro que con estas negaciones se ha minado la “capacidad racional” del cristianismo, que de esta forma se convierte en simple fideísmo irracional y fantástico. Además tal crítica ha golpeado a las verdades fundamentales cristianas: el hecho de la Revelación (también la posibilidad misma de una revelación divina); la inspiración de la Sagrada Escritura; la credibilidad histórica de los Evangelios; la divinidad de Jesucristo; el valor salvífico de su muerte en la cruz; la realidad de su resurrección de la muerte; la institución divina de la Iglesia; la realidad del pecado y de la salvación en Cristo, único mediador entre Dios y los hombres y único Salvador de la humanidad.

Estas negaciones, que antes han circulado solo en ambientes restringidos, se han difundido poco a poco en ambientes más amplios y después en la cultura popular en formas extremadamente simplificadas, convirtiéndose en patrimonio cultural del hombre medio europeo. Por tal motivo, el anuncio cristiano no encuentra hoy un terreno virgen, sino personas prevenidas si no hostiles, alimentadas de prejuicios anticristianos, convencidas que la razón, la historia y la ciencia han demostrado que el cristianismo es una fábula, o que es contrario a la ciencia, o, también, que los dogmas cristianos son irracionales y absurdos. Evidentemente, no todo el clima cultural europeo tiene prejuicios anticristianos o lo es en la misma medida en todos los países europeos: la obra de muchos pensadores y estudiosos cristianos, que no sólo han contestado a las críticas planteadas al cristianismo mostrando la falsedad y la inconsistencia, sino trabajando positivamente, han presentado la fe cristiana en su verdadera luz, purificada –y ha ayudado mucho a esto la misma crítica anticristiana- de las escorias y de las sinuosidades del pasado, ha dado al cristianismo dignidad cultural y humana, de manera que aparece hoy como una realidad grande y noble, digna de consideraciones y de respeto, a personas sinceras y sin prejuicios hostiles al mismo.

Además existen hoy laicistas –perdón por el termino, que no quiere ser ofensivo- “enrabiados”, cuyo lenguaje no se aleja mucho del de los materialistas del siglo XVIII -un D’Holbach o un Helvetius- y de racionalistas y positivistas del siglo XIX. Un ejemplo recentísimo nos lo ofrece un artículo aparecido en el *Europeo* (27 de septiembre de 1991). Con gran estupor nuestro -¿puede hoy un hombre culto decir ciertas cosas?- G. B. Guerri llora el fin del comunismo, porque este, “con todos sus errores y horrores, daba por lo menos una aportación a la desintegración de las religiones”, “tenía, a lo menos el mérito de querer erradicar la religión de la mente del hombre”. Ciertamente, observa Guerri, esta voluntad del marxismo “era la única idea necia y brutal, porque el ateísmo es una dolorosa conquista del espíritu que no puede imponerse desde arriba”. El golpe mortal a las religiones –instrumento que el hombre se ha construido “para sobrevivir”- lo darán “la ciencia y el conocimiento”, que de hecho “siempre están desgastando este instrumento, haciéndolo cada vez más frágil, irreal, contradictorio”. Pero ¡algo ha hecho también el marxismo! Ciertamente, en el mundo de hoy, no son muchos los que hablan semejante lenguaje y muestran por la religión tanto hastío y desprecio. Hay que destacar, además, que

en muchas personas de nuestro tiempo hay un sentido de separación del cristianismo, de sospecha y, si no siempre de aversión, ciertamente no de simpatía.

Este clima desfavorable al cristianismo, creado tras tres siglos de crítica en sus consideraciones, en los últimos decenios se ha hecho más agobiante a causa del rechazo de la enseñanza moral de la Iglesia. Aquellos que eran contrarios al cristianismo, más que por motivos de orden intelectual, por el “escándalo” de la Iglesia con ocasión de su comportamiento poco evangélico en el pasado y a veces también hoy, se han confirmado en su rechazo al cristianismo, incapaz, según ellos, de adecuarse a la evolución de los tiempos y a los progresos de la ciencia. Pero hay que añadir que cuanto la Iglesia ha dicho y hecho en el último siglo en el campo social, no sólo proponiendo una doctrina social sino también con su compromiso efectivo a favor de la justicia social entre las clases y entre los pueblos, ha creado alrededor de ella un aluvión de simpatía y de consenso y, como consecuencia, ha dispuesto mejor el ánimo de muchos para el anuncio cristiano (del que, por lo demás, la doctrina social de la Iglesia y la promoción de la justicia son parte integrante).

* * * * *

Estos tres hechos, que son de mucha importancia histórica, la “nueva evangelización” debe tenerlos en cuenta. Ya que se trata de hecho “nuevos” en la historia de Europa, una evangelización que quiera tenerlos en cuenta, tiene que ser una evangelización “renovada” en su espíritu, en sus métodos y en sus contenidos. No se trata, ciertamente, de partir de cero, porque la Iglesia en esta segunda mitad del siglo XX –en especial con el concilio Vaticano II- ha puesto las bases de una evangelización profundamente “nueva” y –aunque con incertidumbres e intentos no siempre logrados- ha abierto a la evangelización caminos nuevos. Sobre todo –este es el hecho más notable de la Iglesia del siglo XX y más cargado de esperanzas para la evangelización del continente- en la obra de evangelización han ocupado el sitio que les corresponde los files laicos, hombres y mujeres. De esta forma la Iglesia europea está en la tarea de la “nueva evangelización” de Europa. Tomando la dirección de lo que se ha hecho y se hace hoy y buscando prolongar la reflexión de la Iglesia europea sobre la “nueva evangelización”, intentaremos decir en un próximo editorial lo que debería ser y deberían implicar una evangelización “segunda” y renovada de Europa.

LA CIVILTÀ CATTOLICA.